

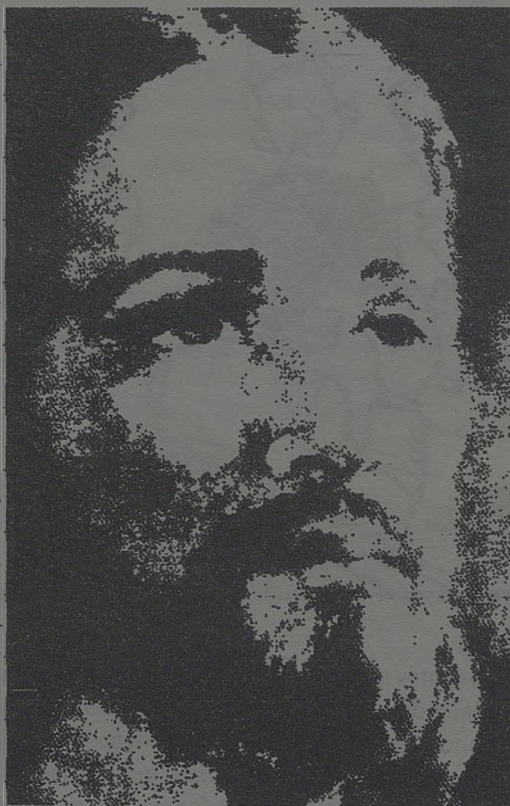
EL ROSTRO MAS HUMANO DE DIOS

Hay quien dice que el mal abunda y abunda tanto que existen muchas más personas buenas que malas y más situaciones destructivas que constructivas. Estamos otros que estamos, profundamente convencidos, de que el mal, en cantidad y en calidad, es muchísimo menor que el bien. La redención y salvación de Cristo nos lleva a afirmar y sentir que el mundo y las personas están en proceso de perfección continuo y que el hecho de que el mal exista es, simplemente, la explicación de que estamos en una eterna fase de evolución no solo hacia lo bueno, sino hacia lo mejor. Toda la humanidad se encamina hacia su "punto Omega" que es Cristo como perfección y plenitud de lo humano. Es cierto que el mal, y todas aquellas circunstancias y situaciones en las que se hace presente, es más "escandaloso", se ve más. Pero hay muchísimo más bien que mal. No hay ninguna duda.

Hace unos días se acercó a mí una mujer de mediana edad. Una de esas mujeres que son buenas porque lo son, han nacido así. Cristo les ha concedido esa gracia. Me preguntó que qué tal estaba. Yo le contesté, entusiasmado, que bien y le devolví la pregunta. "Estoy sufriendo mucho. Ya sabrás porqué ¿no?" Mi respuesta fue negativa. Hacía unos

meses que no la había visto ni a ella ni a sus hijas. "Pues mira, mi marido está con otra y lo estamos pasando muy mal". Me quedé perplejo. Estaba a punto de salir en una procesión.

Un zarandeo interior sufrí en los días que siguieron. Porque la cosa no está ahora en quién ha tenido la culpa ni tampoco en buscar las razones de esa infidelidad. Eso, sencillamente, me hizo pensar en el sufrimiento del ser humano y cómo aguantamos ante los más diversos problemas. Pero es que esa mujer desde su sencillez y bondad estaba sufriendo, a su modo, una situación desgarradora pensando, sobre todo, en sus hijas. Para mí hay dos aspectos fundamentales: primero la bondad que hace "tirar para delante" sin pararse a pensar. El otro, la fidelidad en el matrimonio. ¿Alguien duda que esa mujer y mu-



chas otras personas están sufriendo, por esa u otras razones, hasta el límite de sus fuerzas? Y la respuesta a todo eso, a mi modo de ver, no es rendirse; no es "ahí te quedas, que te zurzan".

Pero hay algo más, una compañera de instituto en aquellos años en los que hacía C.O.U. tiene cáncer. Un mes más joven que yo y así estamos. No pasa un día sin que me acuerde de las dos, de la mujer y de mi compañera. Rezo interiormente por ellas casi en cada misa y prácticamente en toda oración. Nuestra vida vista desde el sufrimiento es un negro pozo ciego donde la palabra esperanza ni siquiera existe. No puede ser ni aún nombrada.

Si algo nos enseñó Cristo en el monte de los Olivos fue a escuchar la voz de Dios y a mantenerse fiel. No es un conformismo, una rendición, ni todavía resignación cristiana de esas que nos hacen apechugar con algo que ni entendemos ni queremos. Es fidelidad a la palabra dada. La Palabra de la vida tomada como regalo, como algo que no nos pertenece ¡Ah, palabras mayores! Para mí la respuesta está en Cristo, en su vida. En el fondo de las situaciones de nuestra vida está la misión que Dios nos ha encomendado al principio de nuestra vida y no es que Dios sea masoquista ni es tampoco que goce con nuestros sufrimientos. El sufrimiento por sí solo no tiene sentido porque como me dijo un sacerdote el otro día: "Nosotros nos salvamos por los otros". ¡Ay! Si viéramos nuestra vida desde los otros. "Que no se haga mi voluntad sino la tuya". El sufrimiento es fruto de la libertad del hombre y de la dinámica salvífica a la que incluso el mundo, el universo, físicamente entendido está sujeto. ¿Por qué evitarlo? "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Miguel Á. Jiménez